



EL PROCESO DE INTEGRACIÓN EUROPEA Y LOS DESAFÍOS PARA EL FUTURO DE EUROPA

MARIO P. DÍAZ BARRADO
ENRIQUE MORADIELLOS GARCÍA

Se produce desde hace ya bastante tiempo, pero con una intensidad creciente, una actitud peculiar, y hasta llamativa, con respecto a la Unión Europea. Mientras todos hablamos de las rémoras y los obstáculos que presiden su funcionamiento diario y creemos que son la causa de su parálisis y de sus rigideces; mientras constatamos también que, hasta los propios Estados miembros de la UE ponen especial empeño en no removerlos e incluso en incrementarlos, generándose por ello críticas exacerbadas a este comportamiento repetido; mientras todo eso sucede nos damos cuenta de que la Unión Europea ejerce un atractivo irresistible sobre los Estados que no pertenecen a ella -pero aspiran a entrar-, o provoca reacciones cercanas al pánico entre cualquiera de sus miembros si se pone en entredicho su pertenencia, como hemos podido observar recientemente en el caso de Grecia.

Es como si nos desagradaran muchos de sus comportamientos y sus reglas pero, a la vez, no pudiéramos sustraernos a la fascinación que nos produce un proyecto tan atractivo en tantos sentidos. En esa contradicción, que en realidad refleja la complejidad de las relaciones humanas, se produce

el hecho de concitar a la vez el entusiasmo y la decepción sin caer en el absurdo.

Pero esa es la clave del funcionamiento de la UE desde su nacimiento, una clave que permite abordar problemas, en apariencia irresolubles, con fórmulas imaginativas pero con soluciones prácticas. Unas soluciones que podrían parecer incluso irrelevantes por inocuas, pero que con el tiempo se revelan como verdaderos instrumentos de progreso y de entendimiento entre los Estados miembros.

Y todo ello en medio de un clima donde parece que siempre se está al borde la catástrofe, bordeando el abismo, pero donde siempre se consigue eludir el peligro en el último momento.

Todas estas sensaciones, entre otras muchas, estuvieron muy presentes a la hora de iniciar el desarrollo del Curso de Verano de la Universidad de Extremadura: **El proceso de integración europea y los desafíos para el futuro de Europa**, que se desarrolló en el marco del Campus Yuste 2015, promovido por la Fundación Academia Europea de Yuste entre el 13 y el 16 de julio del año 2015.

En el momento de iniciar el curso, el mismo día 13 de julio, se hallaba en todo su apogeo el problema griego. Tras el referéndum convocado y ganado por el partido Syriza, gobernante en Grecia desde unos meses antes, todo parecía encaminarse a una crisis sin precedentes en el seno de la Unión, una crisis que podía incluso conducir a la salida de un Estado miembro y por tanto sentar un precedente que nunca hubieran imaginado los padres fundadores.

Pero, en el corto espacio de los cuatro días en que se desarrolló el curso, se había alcanzado un acuerdo y, a la altura de su conclusión, el día 16, todo había vuelto a su cauce. Porque, pese a que los sobresaltos nunca están del todo controlados en la Unión Europea, podría decirse que la salida de Grecia se veía sólo 4 días después como si hubiera sido algo que hubiéramos soñado, más que temido, en los días precedentes.

La crisis griega expresaba, en el momento de comenzar este curso de verano, algo muy importante, algo que habíamos tenido muy en cuenta a la hora de ponerlo en marcha. Vamos a resumir ahora lo que nos impulsó a preparar su organización advirtiendo que, en todo lo que tiene que ver con el proceso de integración europea, nunca se puede uno regir por la lógica que adoptamos para analizar otros contextos sociales y políticos.

El funcionamiento de la Unión Europea siempre nos sorprende –para bien o para mal–, pero no deja indiferente a nadie, pues en su aparente debilidad reside su fortaleza.

Por un lado partíamos de la premisa de que el pasado influye muy poderosamente sobre el presente, por tanto teníamos que reflexionar sobre el proceso de construcción europeo porque ahí, en el conocimiento, el asentamiento y el discurrir de ese

proceso se encuentran las claves del funcionamiento actual de la Unión Europea, con todos sus defectos y con sus inmensas virtudes.

Por otro lado, había que eludir la posibilidad de dejarse arrastrar por la dinámica informativa en un mundo febril y dependiente de la última noticia –enseguida desplazada por otra nueva y siempre más interesante–, porque las sociedades modernas se han introducido en dinámicas imprevisibles que es necesario controlar y comprender desde el sosiego reflexivo, estableciendo la distancia necesaria que nos permita ver mejor los acontecimientos.

De hecho, estábamos convencidos de que la única forma de plantear una reflexión madura y adecuada sobre el futuro de la UE y la única forma de imaginar la posibilidad de constituir una comunidad de Estados federados, sería afrontar el conocimiento de la dinámica interna de la Unión, pero despegados de la vorágine informativa de cada día.

Aunque hay que reconocer que esto es muy difícil, como puso de manifiesto la crisis griega que acaparó el inicio del curso. Y es muy difícil por las ventajas que nos ofrece la comunicación instantánea, la difusión mundial de las noticias, la eliminación de barreras de todo tipo, etc. Pero también estas ventajas pueden volverse en contra nuestra si no sabemos manejar los acontecimientos, en especial las situaciones de crisis, porque ninguna crisis puede resolverse desde la inmediatez.

El caso griego no resultaba nada extraño, se trataba más bien de una dinámica constante y repetida en el seno de la Unión casi desde el momento mismo de poner en marcha la idea de una Europa unida. Tras la crisis griega de julio hemos sufrido varios conatos más en agosto y, en el mo-

mento de escribir estas líneas, aparece en el horizonte otra crisis quizá más grave y determinante para el futuro de Europa, una crisis que exigirá de los europeos toda la imaginación y toda la dedicación posibles: el problema de los refugiados.

Una crisis se encadena con otra y apenas nos damos cuenta de que en realidad ese es el mecanismo de funcionamiento de la UE. Cuando poníamos toda nuestra energía en criticar la posición de las instituciones europeas frente Grecia (porque parecía que esas instituciones se regodeaban en exacerbar sus problemas) éramos sinceros, lo mismo que ahora lo somos cuando decimos que Europa debe ser solidaria con los refugiados (muchos reclaman ya incluso el acceso libre y sin control de todos los que quieran venir).

Criticamos a los Estados más poderosos de la Unión Europea por su egoísmo pero, al día siguiente, nos damos cuenta de que son mucho más solidarios que los supuestos adalides de la solidaridad. Enseguida los malos se transforman en buenos y los buenos en malos. Y todo esto sucede en muy poco tiempo, con mucha intensidad. Los problemas se encadenan, las situaciones se complican o se solucionan sin saber muy bien por qué. Luego pasamos a preocuparnos de nuevos problemas que parecen encerrar los mismos dilemas aparentemente superados.

Algo sin embargo es seguro: en medio de todas las dificultades la Unión Europea permanece. Es más, visto con perspectiva, Europa se refuerza a medida que supera las dificultades y se consolida como un espacio de libertad económica y de progreso social al que todo el mundo aspira, bien sea para pertenecer efectivamente (los territorios que se consideran europeos por cultura o tradición hacen cola para entrar), bien sea para imitar su modelo.

Si no estuviéramos abducidos por el presentismo galopante que los mass media introducen en la sociedad actual, nos daríamos cuenta de que el proyecto europeo ha merecido la pena. Otros modelos aparentemente más sólidos y prometedores yacen arrumbados en el cubo de la basura de la Historia, pese a prometer en su momento el paraíso. Y el modelo americano, que tantas veces Europa quiere imitar, sobre todo en materia laboral y productiva, acaba siendo visto por los europeos como demasiado competitivo y mucho menos acogedor y humano.

Es cierto que Europa tiene ante sí retos de gran calibre, pero no lo es menos que hasta ahora ha sabido superar retos parecidos con bastante inteligencia. En realidad los europeos no son conscientes, sobre todo las nuevas generaciones, de los obstáculos superados y del proceso de construcción de un espacio de entendimiento político, social y económico único en la Historia.

Con este curso queríamos reunir a un gran elenco de especialistas de la Unión Europea, expertos y/o responsables que viven el día a día en sus instituciones, periodistas que informan sobre lo que pasa en Bruselas o Estrasburgo, académicos que se ponen a la tarea de difundir los valores de la Unión y de analizar su proceso de integración, incluso a visionarios o entusiastas que imaginan ya el futuro de una Europa federal, y que pueden ser los mismos que se fajan todos los días con los problemas constantes que la UE parece arrastrar.

Pero con el curso también queríamos mostrar que ese funcionamiento peculiar del que hablábamos al comienzo -y que resulta un rasgo propio de la UE-, es en realidad una gran palanca para resolver algunos de los tremendos problemas que asolan al mundo, y por ende a la Unión Europea, en estos momentos de gran incertidumbre.

Para ello fue necesario hacer un recorrido por el proceso de integración europeo, hubo que volver a recordar -porque muchas veces parece que se nos ha olvidado- que el proyecto de Europa nació tras un catástrofe terrible y, con el empeño de no volver a repetirla, se dotó o recabó recursos materiales en medio de grandes carencias y, sobre todo, se dotó también de instrumentos y formas de relación entre los Estados miembros que aseguraran un futuro de colaboración entre ellos. Los instrumentos elaborados en esos primeros años han asegurado desde entonces, y de una vez por todas, una colaboración leal y una solidaridad efectiva. En medio de los equilibrios de poder, de los egoísmos, de las crisis periódicas, Europa ha sabido articular una relación entre sus Estados que resulta ser la envidia de todo aquel que no puede acceder a un club tan selecto.

Las críticas al papel de los grandes Estados como Alemania o Francia, los enfrentamientos entre estos mismos Estados por

la supremacía o el dominio de las instituciones europeas, el egoísmo que revelan muchas de las actitudes en el momento de la negociación, etc., todo esto no está reñido con una alianza firme entre Francia y Alemania, incluso con una lealtad "sui generis" de una Gran Bretaña que parece no querer saber nada de Europa, pero que no deja de colaborar en sus instituciones. La relación de los Estados en el seno de la Unión ha ido creando una argamasa de apariencia frágil, pero que hasta ahora se ha revelado irrompible. Los avances a veces se detienen, las expectativas se ven muchas veces frustradas, pero siempre permanece el núcleo de conquistas económicas y sociales que resultan irreversibles y que ya quisiera para sí el resto del mundo.

El problema de la Unión Europea en este momento -tal y como se puso de manifiesto en el desarrollo del curso de verano y como podrá comprobarse a continuación con la lectura de las ponencias-, es que las ilusiones y los deseos siguen estando muy



lejos de las realizaciones. Quizás imbuidos por la costumbre que nos traslada la sociedad actual, una sociedad que crea la necesidad de lograr todo al instante, impedidos por un deseo sano de llevar la Unión Europea a cotas que todos entendemos deseables y posibles, no apreciamos el camino recorrido.

Y esto sucede porque, en realidad, las ilusiones actúan siempre como motor del impulso en una organización abocada a ir siempre más allá, a exigirse siempre al máximo, a esperar –como sucedió en el pasado– que se puedan dar saltos adelante con una audacia sorprendente. De otra forma no puede entenderse que procesos tan complejos como las sucesivas ampliaciones de la Unión (sobre todo la última y masiva hacia los Estados del antiguo bloque del Este), las conquistas y avances para el equilibrio económico, las políticas de cohesión, incluso las reformas en la toma de decisiones, hayan significado tantos y tan amplios beneficios para la Unión Europea.

No obstante, a medida que han ido pasando los años estos logros se fueron olvidando a pesar de la complejidad que suponía abordarlos y aunque algunos sean muy recientes en el tiempo.

Por eso creímos que era necesario volver sobre ellos, sobre todo porque podían servir como trampolín para impulsar lo que muchos entusiastas de Europa ven ya como el destino inevitable de la UE: conformar una federación de Estados, con instituciones propias que no sólo trasciendan las de los Estados miembros (en realidad eso ya existe) sino que impongan efectivamente sus decisiones. Es cierto que otros muchos matizan ese entusiasmo y desean conservar el poder de los Estados nacionales, aunque al mismo tiempo exijan a la Unión un comportamiento más audaz cuando se producen acontecimientos extraordinarios como la inmigración.

En realidad, el curso de verano giró sobre los tres aspectos que están condicionando el presente y el futuro de la Unión Europea: el nacionalismo (con todas sus variantes y sus manifestaciones diversas), los populismos, que proliferan también por doquier (asimismo con muchas variantes y abarcando todo el espectro ideológico) y la propuesta federal, que se considera en ocasiones la solución a las dos realidades precedentes.

Vayamos pues a analizar esas tres cuestiones, para terminar así esta presentación, sin perder de vista que las tres se manifiestan en un contexto de comunicación vertiginosa, una dinámica febril que no permite, en la mayoría de las ocasiones, una reflexión sosegada sobre las mismas.

Por eso esta publicación intenta, de forma explícita al poner las reflexiones y los logros del curso de verano por escrito, pausar y sosegar el debate sobre la Europa comunitaria, en un intento de despegar las opiniones sobre la Unión Europea del lamento oportunista que impulsan los medios de comunicación. Porque, por encima de las noticias que concentran mucho interés por un tiempo y luego se olvidan, debemos extraer las consecuencias precisas para seguir fortaleciendo ese gran proyecto nacido entre ruinas y, sin embargo, dotado de una especie de mala salud de hierro que resiste todas las pruebas que se le ponen por delante.

Nacionalismos

El hecho de que sea el horizonte federal el gran reto para la Unión Europea del futuro, pone cada vez más claramente de manifiesto la necesidad de superar el nacionalismo, una de las más grandes pesadillas que ha tenido que sufrir el mundo, y especialmente Europa, desde el siglo XIX. Porque el nacionalismo está en el origen de

las catástrofes que asolaron a Europa en el siguiente siglo, el siglo XX.

Más bien deberíamos hablar de cierto tipo de nacionalismo, pues es evidente que la Unión Europea se fraguó de la mano de los Estados-nación más importantes de la zona y a los que la experiencia de la radicalidad nacionalista puso en la obligación de superar muchas de las concepciones del pasado.

Por eso se impulsa la Comunidad Europea tras la II Guerra Mundial, porque los propios países protagonistas perciben –sin abandonar sus propuestas nacionales– la necesidad de poner en marcha una Europa libre y colaboradora, que pudiera superar para siempre los enfrentamientos que habían abocado a la catástrofe. Es realmente llamativo que se insista en la caracterización de Europa como la agrupación de Estados-naciones, como si eso fuera algo negativo, pues es precisamente la constatación de ese hecho y el hacerlo compatible con el respeto y la colaboración con el otro, el que pone en marcha la Unión Europea que ahora conocemos.

Es cierto que, a la hora de ceder soberanía, todo el mundo mira para otro lado. Es más, en ocasiones se realiza una defensa descarada de la soberanía nacional en detrimento de la cesión de competencias a las instituciones comunitarias. Podríamos decir que eso resulta hasta cierto punto lógico y natural mientras no suponga egoísmos radicales.

Pero la defensa de lo propio no llega casi nunca a poner en riesgo los pactos y los acuerdos que hacen funcionar la Unión. La amenaza nacionalista tiene hoy un tinte algo diferente al de la crisis de los años 30 del siglo XX y viene de la mano de la prosperidad.

Dada la organización y el desarrollo de los programas europeos que han utilizado la región como elemento clave a la hora de desarrollar sus iniciativas, han surgido por doquier movimientos de defensa de ese desarrollo que se ha combinado en ocasiones con viejas visiones románticas y frustradas de un nacionalismo rancio. Los casos de la *Padania* en Italia, Cataluña en España o la propia Escocia –a raíz sobre todo de los descubrimientos petrolíferos que trajeron la riqueza– en el Reino Unido, no son sino manifestaciones de un movimiento que amenaza con generalizarse y que adopta la forma de rebelión de los ricos. En otros casos, grandes Estados como Francia u Holanda se dejan tentar también por un nacionalismo rancio (el *lepenismo* en Francia o el movimiento iniciado por Pim Fortuyn en Holanda), que muchas veces se mezcla con el otro gran movimiento social de los últimos años: el populismo.

El movimiento regional que tantos parábienes y apoyos ha recibido en las décadas pasadas –sobre todo porque permitió el desarrollo y la prosperidad de muchas regiones europeas–, ha engendrado con el tiempo alguno de los más graves desafíos para la Unión en los años venideros. La reivindicación de un nacionalismo de talante colaborador y abierto, alejado de ensoñaciones románticas y de sentimentalismos se hace hoy más necesaria que nunca.

Aunque la Unión Europea, más propiamente sus instituciones, han adquirido ya rango y personalidad suficientes para aparecer en la agenda informativa y política, es decir que Europa ya es un ente reconocido, tangible para sus ciudadanos, también es verdad que todavía es muy fuerte la tentación del terruño.

Pero todos sabemos ya que existe un nuevo territorio, un espacio creado por los propios ciudadanos que ofrece más oportunidades y que se llama Unión Europea.

La Unión Europea puede ser a veces ilusionante y otras frustrante, puede ser más ambiciosa o menos en alcanzar sus objetivos, eso depende en gran parte de todos nosotros. Pero una forma de impulsarla es, sin duda, llegar al convencimiento de que se trata de un espacio nuestro, tan nuestro como nuestro país o nuestra región, un espacio al que debemos adherirnos con la misma tranquilidad que aceptamos la defensa de lo cercano y con la misma ilusión que imaginamos una sociedad mejor para el futuro.

Populismos

Europa no ha renunciado a la utopía como tampoco -lo acabamos de ver- renunció al nacionalismo, únicamente lo manejó en su propio beneficio. De la misma forma, el proceso de integración revela que, desde el inicio, los componentes utópicos jugaron un papel esencial para su impulso

definitivo. Es evidente que, en los últimos años, esos impulsos han sufrido un freno importante o al menos no responden a las expectativas y las esperanzas que muchos ciudadanos habían puesto en la Unión Europea.

Podría decirse que todo lo que tiene que ver con Europa se ha vuelto enrevesado, abstruso y complicado, cuando no rechazable. La respuesta ante esa decepcionante trayectoria ha sido, sobre todo en los últimos años, el recurso al populismo.

No se trata de caracterizar los movimientos populistas, ni de que hagamos una reflexión profunda sobre ellos, aunque el desarrollo del curso demostró que es casi lo que más preocupa, para bien o para mal, a los ciudadanos europeos. Más bien es necesario establecer las causas de su emergencia y de su manifestación actual



y percibir los perfiles más inquietantes, o más esperanzadores, de ese movimiento que se extiende por Europa en los últimos años.

Una de las causas directas, la que ha servido de espoleta para el estallido social de los movimientos populistas ha sido sin duda la crisis económica y financiera. A raíz de la caída de algunos bancos y agencias financieras en USA, el problema llegó a Europa y, aunque tiene perfiles más o menos graves dependiendo de los países, puede decirse que, en estos momentos, la crisis económica es ya un fenómeno generalizado que comienza a afectar también a otras zonas en desarrollo como América Latina o la propia China.

La respuesta ante la crisis siempre es el miedo, la prevención entre los que más tienen que perder, y la desesperación y la audacia un tanto irreflexiva entre los que lo han perdido casi todo.

De esta forma, el populismo ha adoptado en la Unión Europea un perfil xenófobo y conservador en los países más desarrollados (Francia, Gran Bretaña, Holanda), revitalizando de paso el nacionalismo más conservador en esos países. Por otra parte, el populismo ha adoptado la mística y las propuestas de la radicalidad revolucionaria en los países más expuestos a la crisis y que más han sufrido sus consecuencias, sobre todo los del sur de Europa.

Por su parte los países del antiguo bloque del Este se mantienen en una especie de limbo, a pesar de los años transcurridos desde la ampliación, y se muestran recelosos, en general, a todo cambio o decisión arriesgada, adoptando una posición de enroque, lo que les permite mantenerse al margen de las discusiones bizantinas que se producen en la Europa occidental, aunque al mismo tiempo intenten benefi-

ciarse de los programas y las ayudas que la Unión ha puesto de manera creciente a su disposición.

El populismo es por tanto, en parte, nacionalismo radicalizado, pero también es, en otra parte, recuperación de algunas propuestas radicales desde el punto de vista social en un momento en que ni los Estados miembros ni las propias instituciones han sabido dar respuesta a los problemas acuciantes de gran parte de la ciudadanía europea.

Visto en perspectiva, lo conseguido por la Unión a lo largo de su historia es impresionante. Pero en un momento de crisis no se tiene la paciencia ni la intención de pararse a pensar en eso. Por eso es deseable que aportemos ideas nuevas, aunque podamos tener ideas diversas, porque todos debemos contribuir a esa utopía llamada Europa, pero con los pies en el suelo.

Federalismos

La vía más realista para lograr ese deseo –por muy utópica que parezca– tal vez sea la apuesta federal. Por eso el curso tuvo como uno de sus ejes vertebradores el análisis y ponderación del horizonte federal o *federalizante*, que estaba y está implícito en el proceso de construcción e integración europea desde sus inicios en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial.

Con sus luces y sus sombras, sus aciertos y desaciertos, sus logros y fracasos, sus esperanzas y frustraciones, tal ha sido el nudo gordiano de la conformación de la Comunidad Económica Europea en 1957 y luego de la actual Unión Europea: llegar a ser algo más que una mera asociación de Estados para convertirse en una federación de Estados, si es que no en un Estado federal.

Sabemos que las palabras tienen historia, no son meros *flatus vocis*, y también sabemos que cuando son rigurosas y unívocas pueden convertirse en plataformas de acceso a conceptos bien definidos y operativos, aquéllos que son fértiles y fecundos como instrumentos de análisis científico social y humanístico. Por eso conviene recordar que cuando usamos el adjetivo “federal” o el sustantivo “federalismo”, estamos reviviendo los tiempos clásicos y reactivando un vocablo secular de connotaciones poderosas: *foedus*, *foederis*. Un término que hacía referencia entonces a un tratado, un pacto o un acuerdo registrado por escrito por aquello de que *verba volant, scripta manent* (lo que se dice se evapora en el aire, pero lo que se escribe permanece para el futuro).

Y qué significaba básicamente un pacto y acuerdo entre aliados que eran por ello “foederati”. El origen del vocablo latino estaba en una raíz indoeuropea presente en verbos y sustantivos que tenían que ver con la lealtad y con la fidelidad recíproca. Y quizá incluso tuviera su origen en otro término latino vinculado que pudiera estar igualmente en su raíz etimológica: *fides*, *fidei* (confianza, fe). En consecuencia, para los latinos clásicos y para los europeos posteriores que hablaron dialectos derivados, un “federado” era un aliado que ha acordado por escrito permanecer leal en algo que se ha registrado por escrito: son aquellos que dan su palabra de mantener una promesa y lo son en tanto que mantienen su palabra y permanecen fieles a la misma.

Por razones variadas, que tienen mucho que ver con el colapso del Antiguo Régimen y el inicio del gran proceso revolucionario de la contemporaneidad, a lo largo del siglo XVIII el término “federal” se reactivó con un sentido político inmediato, activo y poderoso. Ante todo porque la Ilustración europea y la Revolución

Americana comenzó a utilizar el término “federalismo” en nuevo sentido. A saber: para designar un sistema de organización política de una población sobre un territorio que prescribía la división de los poderes estatales no sólo a partir del clásico corte vertical (separando los poderes ejecutivo, legislativo y judicial), sino también de forma horizontal (dividiendo el poder entre un centro federal y unas periferias de gobiernos territoriales regionales). Esta idea verdaderamente revolucionaria (por cuanto rompía la unidad de poderes de las monarquías absolutas de Antiguo Régimen), comenzó a plasmarse claramente con la Revolución Americana iniciada en 1775 y consagrada en su Constitución de 1789. Mediante la misma, los trece Estados coaligados en una laxa Confederación contra el enemigo común británico (pero que seguían siendo Estados soberanos y autónomos) cedían su lugar a una Federación de Estados unidos de manera permanente y soberana, pero con una distribución de poderes y funciones tanto verticales como horizontales.

En el caso del proceso de construcción europea puesto en marcha tras el año cero que fue 1945, el horizonte federal ha sido parte activa de su curso y desarrollo, aun cuando la CEE empezara siendo en 1957 una alianza intergubernamental meramente abierta al desarrollo de mayores fórmulas de integración supraestatal.

Uno de los artífices de todo el proceso, Jean Monnet, lo tenía claro incluso desde mucho antes de su puesta en marcha, como es bien sabido. En plena guerra mundial, desde su atalaya en el Argel francés recién liberado, Monnet escribía en 1943 palabras bien expresivas al respecto: “No habrá paz en Europa si los Estados se reconstruyen sobre la base de la soberanía nacional. (...) Son demasiado pequeños para garantizar a sus pueblos la necesaria prosperidad y

el desarrollo social. Los Estados europeos deben constituir una federación". Algo similar había apuntado poco antes, desde una Gran Bretaña que resistía estoicamente los ataques alemanes, el líder laborista Clemente Attlee: "Europa debe federarse o perecer". Y por eso no es sorprendente que la idea federal estuviera viva en la reunión celebrada en la ciudad de La Haya en mayo de 1948, terminada la guerra y en plena reconstrucción postbélica, por el comité internacional de coordinación de los movimientos por la unidad europea, con 759 asistentes (algunos muy prestigiosos e influyentes). Significativamente, en ese encuentro crucial, fue el Dr. Kramer, representante de una Alemania vencida, ocupada y dividida, el que expresó con mayor nitidez lo que significaba el federalismo como horizonte de paz continental para unos pueblos traumatizados por la guerra y la barbarie:

"Muchos de nuestros compatriotas han comprendido por vez primera que el federalismo no es una invención de los vencedores cuyo objetivo sería trocear a los vencidos en cachitos, ni un método de división para mejor controlar y reprimir, sino que significa la organización libre. La unión libre sobre la base del Derecho con un espíritu de buena vecindad. No existe medio más eficaz para vencer la muy grande desconfianza actual de la población alemana que el de aplicar el mismo principio a Europa. Federalicemos a Alemania, pero federalicemos al mismo tiempo Europa, y así se demostrará que se trata de un principio general que deriva de las mejores tradiciones europeas y con el que Europa puede construir un mejor porvenir".

El devenir de la propuesta federal en Europa desde entonces hasta ahora, y sus perspectivas de éxito mayor o menor, fueron materia de estudio, reflexión y debate por parte de todos los ponentes y

asistentes del curso bajo la convicción intelectual de que el proceso de integración europeo consagrado desde 1957, a la larga, está conformando una federación en todo menos quizá en el nombre.

Conclusión

Volver la vista atrás siempre reconforta, porque nos hace descubrir que apenas hay novedades, que los problemas que nos parecen hoy insuperables no admiten siquiera comparación con otros mucho más complejos que se dieron en el pasado, y que sin embargo han sido ya superados por la determinación y la constancia de los europeos. Ni siquiera las propuestas que parecen más novedosas lo son, porque hemos podido comprobar que todo lo que podamos decir sobre federalismo era discutido ya por los padres fundadores de la Unión Europea.

El problema quizá nuevo y diferente de las sociedades actuales, y por ende de Europa, ya lo hemos mencionado: la sociedad de la información. El exceso de información inclina a la desatención, a la escucha desatenta, a la dispersión, al cambio rápido y al agotamiento del interés por las cosas. Está desapareciendo la información atenta, la crítica y mucho más el análisis o la discrepancia. Todo se basa en el *canutazo*, en el titular llamativo, en el anuncio apocalíptico que es sucedido por otro anuncio no menos apocalíptico, aunque al final quede en nada.

A la vez, la dificultad por comprender lo complejo nos hace inclinarnos a la simplicidad. Si las cosas no divierten o llaman la atención se vuelven abstrusas y complicadas, buscamos soluciones simples a problemas complejos y eso es precisamente lo que la Europa nacida de las cenizas de la II Guerra Mundial trató de evitar a toda costa.

La historia de la Unión Europea es la historia de la lucha por vencer las dificultades para traer la prosperidad, aunque la insatisfacción natural del ser humano nos lleve a buscar nuevos retos para la Unión: hace unos meses la crisis griega, ahora la crisis de los refugiados y nuevos retos que irán poniéndose delante de nosotros. No todo está previsto, hay cosas que no sabemos que van a pasar, cambios intensos que exigen respuestas complicadas. Pero si superamos los conflictos nos hacemos más fuertes. Hay que recordar, casi para terminar, la inteligente propuesta de José María Gil Robles el último día: la inmigración, si los traemos con responsabilidad y no alegremente, será la salvación de una Europa envejecida.

La Unión Europea tiene una gran virtud, porque en su seno la política se rige por el acuerdo. Se agotan todas las posibilidades antes de hacer fracasar cualquier iniciativa. Por eso un ponente llegó a decir que en Europa se necesita para negociar un *culo de madera*, no levantarse hasta que no haya un acuerdo.

Pero esa política produce a la vez parones institucionales y, sobre todo, no permite que la política se acerque al ciudadano. En muchas ocasiones existe incluso un temor injustificado ante la posibilidad de que la política comunitaria se abra al ciudadano.

Porque en la historia siempre existe el miedo y la prevención ante el cambio. El movimiento obrero en el siglo XIX representa la misma amenaza que la que puedan significar para la Europa actual los populismos de derechas y/o los radicalismos de izquierdas.

El reto para las instituciones europeas es abrirse a los ciudadanos sin romper o destruir los logros alcanzados. Hay que

tener en cuenta que, si se abren en exceso a las expectativas de la ciudadanía, se producirá mucha inestabilidad (en realidad ya está emergiendo la inestabilidad por toda la Unión), pero si se cierran y no quieren oír se produce entonces un desajuste excesivo que no tiene en cuenta al ciudadano y las instituciones se alejarán de él, perdiendo gran parte de su legitimidad.

Si hemos pasado de la declaración Schumann en 1950 -que sólo se conoció 20 días después de su firma efectiva y hubo que trucar la foto de la firma-, al tuit que nos hizo conocer el acuerdo con Grecia antes de que se anunciase oficialmente por las autoridades en 2015, es que la Unión Europea ha cambiado mucho.

Pero, en cualquier caso y por encima de circunstancias tan cambiantes, a la Unión Europea se le vuelve a exigir una respuesta audaz, otra más de las muchas que ya ha tenido que afrontar en su historia, para estar así abierta al futuro.

